

Jules Michelet

# La bruja

Traducción, prólogo y notas de  
Antonio Álvarez de la Rosa



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

Título original: *La Sorcière* (1862)

Diseño de colección: Estrada Design  
Diseño de cubierta: Manuel Estrada  
Ilustración de cubierta: © ACIonline/Bridgeman  
Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



PAPEL DE FIBRA  
CERTIFICADA

© de la traducción, prólogo y notas: Antonio Álvarez de la Rosa, 2025  
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2025  
Calle Valentín Beato, 21  
28037 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

ISBN: 978-84-1148-858-7  
Depósito legal: M. 24549-2024  
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

## 9 Prólogo. Idolatradas y acosadas

### LA BRUJA

19 Aviso al lector

21 Introducción

#### Libro primero

39 1. La muerte de los dioses

49 2. Por qué desesperó la Edad Media

60 3. El pequeño demonio del hogar

71 4. Tentaciones

81 5. Posesión

96 6. El pacto

102 7. El rey de los muertos

110 8. El príncipe de la naturaleza

119 9. Satanás médico

132 10. Hechizos, filtros

142 11. La comunión de la rebeldía. Los aquelarres. La  
misa negra

155 12. Continuación. El amor, la muerte. Se desvanece  
Satanás

#### Libro segundo

167 1. Bruja de la decadencia. Satanás multiplicado, vul-  
garizado

177 2. El martillo de brujas

192	3. Cien años de tolerancia en Francia. Reacción
200	4. Las brujas vascas (1609)
209	5. Satanás se hace eclesiástico (1610)
218	6. Gauffridi (1610)
240	7. Las posesas de Loudun. Urbain Grandier (1632-1634)
259	8. Posesas de Louviers. Madeleine Bavent (1633-1647)
273	9. Satán triunfa en el siglo XVII
281	10. El padre Girard y la señorita Cadière (1730)
312	11. Catherine Cadière en el convento (1730)
336	12. El proceso de Cadière (1730-1731)
361	Epílogo
367	Notas y aclaraciones
393	Bibliografía

## Prólogo

# Idolatradas y acosadas

Es inusual que la visión literaria sea tenida en cuenta cuando pretendemos esclarecer y analizar las diferentes sociedades humanas y sus correspondientes épocas. Desde esa perspectiva, lo habitual es que la ficción o la poesía sean vistas como un pasatiempo o, en el mejor de los casos, como una *delicatessen*, una forma de no encarar los problemas de la vida real. Estamos tan resignados a observar que la literatura es considerada como un ramo de flores sobre la mesa del debate ideológico que, quizá, nos convendría reflexionar a fondo acerca de este cisma imperante sobre las trincheras desde las que, agazapados, reflexionamos sin sacar la cabeza y, por lo tanto, sin ver que todo forma parte de lo mismo, que ninguna parcela del conocimiento —ni el Derecho, ni la Filosofía, ni la Sociología, ni la Economía, ni *tutti quanti* que se relaciona con la ciudadanía, incluida, claro está, la escritura literaria— tiene el monopolio absoluto de la Historia y de la condición del ser humano. Los ingleses lo expresan me-

por que nosotros y diferencian entre *story*, es decir, lo ocurrido, y *history*, el relato resultante visto, en buena medida, desde el presente.

Cuando (h)ojeo las novedades en librerías, bibliotecas públicas o suplementos literarios no puedo dejar de pensar cuántas de esas historias, cuyas portadas agujijonean mi curiosidad, seguirán siendo «legibles», nos seguirán «hablando» dentro de un par de décadas, no por el deterioro químico del papel en que han sido impresas, sino por la herrumbre del estilo con que han sido contadas. Aunque es obvio que son diferentes el carácter y la función del novelista y del historiador, Michelet fue y puede seguir siendo un espejo que nos permita ver el imprescindible nexo que existe entre lo que decimos y cómo lo decimos, una invitación a no desdeñar que sin forma no hay fondo.

Hace ya un siglo que Jules Michelet (1798-1874) empezó a ser valorado como un historiador que revolucionó la escritura de la historia. Desde el panteón académico del Collège de France fue también, por supuesto, una de las grandes figuras intelectuales e ideológicas omnipresentes en el espacio público de la Tercera República francesa (1870) y, en ese sentido, nunca ha dejado de ser un referente gaditano. No obstante, el gran legado de Michelet no está depositado en los anaqueles académicos, sino en su maestría narrativa. Gracias a una suerte de metamorfosis estilística ha conseguido, por ejemplo, que *La bruja* siga viva, que no solo sea la obra de un historiador que observa el pasado a través de los datos archivados. Sobre esta creación, cimentada en la escritura literaria, planean la política, la estructura social, la economía, la religión, las ideas, una suerte de historia total, subjetiva, desde luego, pero enriquecedora para

un tiempo como el nuestro, tan distinto en apariencia al suyo y similar en muchos aspectos.

De ahí que su influencia se pueda rastrear en muchos escritores franceses. Aparece y desaparece en el radar cultural, pero sigue siendo «actual» no por haber sido el académico que narró la historia de Francia o de la Revolución francesa, o una figura clave del liberalismo, sino por seguir siendo un escritor, fuente intertextual, por ejemplo, de Émile Zola en la génesis de dos de sus novelas, o de Marcel Proust, que le dedicó uno de los pastiches de *El caso Lemoine*. La huella puede detectarse también, aunque más adelante, en pensadores como Georges Bataille —su prólogo de 1946 a una edición de *La bruja* muestra que la visión de Michelet sobre la brujería está imbricada con su explicación sobre el Mal, es decir, con la otra cara de nuestras sociedades humanas—, o, ya en 2009, en un novelista como Pierre Michon, sobre todo en su novela *Los Once*: la vida de un pintor imaginario a la vez que una meditación sobre el arte y la historia.

Desde el mismo momento de su publicación (1862), *La bruja* escandalizó y fue objeto de amenazas judiciales. En esta mezcla de historia y de novela, Michelet defiende y «resucita» la figura de la bruja, la auténtica «sanadora del pueblo», como vemos en el capítulo «Satán médico», a través de todo un repertorio de filtros y hierbas curativas, nexo entre la naturaleza y el ser humano, fuerza arrolladora de las sacerdotisas de Satanás, perseguidas y maldecidas por la Iglesia católica ya desde la Edad Media. Un Satanás que es sinónimo de liberación o, como lo expresa la novelista George Sand en *Consuelo*: «unos te llamaron Satanás, otros, criminal, pero yo te llamo deseo».

Aunque Flaubert lo admira —«prodigiosa *Bruja* que he devorado en una noche y de un tirón», le escribe el 29 de noviembre de 1862— y encabeza sus cartas con un «Querido Maestro», discrepa de su confianza en la linealidad de la Historia y desconfía del consiguiente pensamiento progresista que le otorga a esta un objetivo y un significado precisos (el entierro de ese optimismo positivista está, por cierto, entre las páginas de *La educación sentimental*, la que quizá sea la mejor de sus novelas, en la que es posible detectar la romántica influencia subterránea de Michelet respecto de la aparición de la masa, de los discursos y de las ideologías).

Roland Barthes, mascarón de proa del estructuralismo y de la semiología literaria, publicó en 1954 *Michelet por sí mismo*, un pequeño ensayo que nos ayuda a comprender la obra de nuestro autor y, desde luego, la coherencia del mismo Barthes al afirmar en el prólogo a una edición de *La bruja* (1959) que este es «el libro predilecto de todos los que aman a Michelet» porque, en cierto modo, resume lo esencial de su obra, la visión de un escritor que, además de ser el defensor de la República, el precursor de una historia sintética, se nos aparece como un pensador heterodoxo, incluso peligroso para los biempensantes, porque sondeó en las profundidades sociales, quizá en lo que hoy llamamos «historia de las mentalidades».

Las obras de Michelet sobre historia natural gozaron de gran aceptación a mitad del siglo XIX, pero también fueron vistas con reparos por los historiadores canónicos o por los políticos. *El pájaro*, *El insecto*, *El mar*, *La montaña*, *El amor* y *La mujer* —obras publicadas entre 1856 y 1859— se enfrentaron al discurso oficial y académico sobre la naturaleza, que

empezaba a ser analizada, cada vez más, desde una perspectiva científica y mecanicista.

Podemos, además, reconocerlo como uno de los primeros historiadores interesados por la «población», alejados del exclusivo relato sobre las instituciones y los protagonistas de la historia academicista. A diferencia, por ejemplo, de su obra *La historia de la Revolución francesa*, sembrada de citas sobre sus fuentes bibliográficas, libros, archivos, etc., en el caso de *La bruja* la documentación histórica está implícita en una serie de episodios imaginarios, aunque verosímiles, y, por consiguiente, representativos de la rebelión real de esas mujeres idolatradas y acosadas contra la religión oficial y el sistema feudal. Sobre *La bruja* planea, además, su crítica a la Iglesia católica y al poder aplastante del feudalismo. Al final del libro, Michelet describe a las brujas como las víctimas de una persecución injusta: «La única finalidad de mi libro no consistía en ofrecer una historia de la brujería, sino una fórmula sencilla y sólida de la vida de la bruja que mis sabios antecesores oscurecieron por exceso de cientifismo y de detalles. Mi fuerza reside en partir no del diablo, de una entidad hueca, sino de una realidad viva, la bruja, realidad cálida y fecunda. La Iglesia solo contaba con los demonios, pero no llegaba a Satanás, el anhelo de la bruja».

Aunque en 1862 fue considerada como una obra menor, *La bruja* acabó siendo un éxito de ventas en la segunda mitad del siglo XX. No solo porque, arropada en la ficción, es una indagación muy crítica sobre el panorama social de la Edad Media y de los comienzos del Renacimiento, sino porque su arquetipo de la mentalidad popular y de la marginalidad —«su sublime poder de la concepción solitaria»— re-

presenta la revolución del feminismo y la resistencia radical de un tipo de mujer que acabará hormigonando una de las vigas maestras de las sociedades occidentales.

De ahí que las brujas medievales y renacentistas, mujeres del campo invisibles, innominadas, sean trasuntos de la mujer que busca su liberación. Tanto que fueron capaces de convertirse en las grandes enemigas de la Iglesia católica y, por supuesto, en las grandes rivales del sacerdote que acabará manipulándolas para afianzar su poder político. No resulta extraño, por lo tanto, que un olfato lector como el de Flaubert detectara esa complicidad en *La conquista de Plassans* (1874), novela de Émile Zola que forma parte de la saga de los Rougon-Macquart, en la que un sacerdote y fanático partidario del Imperio se muestra dispuesto a cualquier cosa con tal de sojuzgar a una mujer. Así lo subraya Flaubert en una carta en la que, además de los elogios, se puede comprobar la profundidad de su lectura: «El abad Faujas es siniestro y grande, ¡un auténtico director! ¡Qué bien maneja a *la mujer*, con qué habilidad se apodera de ella, utilizando la caridad para brutalizarla después!» (3 de junio de 1874).

Anónimas como personas históricas, las brujas forman parte, sin embargo, de una interminable lista de cuentos infantiles, novelas, películas, leyendas. Desde hace unas pocas décadas también se han convertido en icono feminista. ¿Cómo explicar su pervivencia tras tanto tiempo transcurrido? ¿Cómo esa mujer aterrorizada, confinada hasta la locura en las entrañas de los bosques, ha llegado hasta nosotros? Como insiste Michelet en recordarnos, esta imagen de la mujer solitaria, armada de poderes mágicos asociados con frecuencia a las matronas, se consolida a partir

de la siniestra descripción del *Martillo de brujas*, escrito por dos dominicos a finales del siglo XV. «La bruja es su crimen», responde el historiador. No las hemos olvidado porque fueron perseguidas, condenadas y quemadas: entre los siglos XIV y XVII, como mínimo —las fuentes son imprecisas, pues quemaban todo rastro procesal—, murieron unas 60 000 personas, mujeres en un ochenta por ciento de los casos.

Para contar lo antiguo, que casi siempre es lo moderno, no queda más remedio que utilizar un lenguaje distinto, una nueva forma de nombrar. Por eso, *La bruja* de Michelet y, claro está, la visión que de esa obra tienen los movimientos feministas de la década de 1970, han conseguido que emerja y se agrande la figura de la bruja (de hecho, desde hace medio siglo comenzaron en el ámbito universitario de Estados Unidos los *witch studies*, que podríamos considerar como una rama de los *gender studies*).

En este mismo sentido, por ejemplo, en 1974 la parisina editorial Les Éditions de Minuit publicó *Las conversadoras* (*Les Parleuses*), un libro fruto de un diálogo entre Marguerite Duras y Xavière Gauthier, reflexiones de dos mujeres a lomos de una lengua desatada. Además del claro clarín feminista que resuena en las palabras de las novelistas, sorprende comprobar cómo retumba el eco de Jules Michelet justo un siglo después de su muerte (1874): «Convendría recordar lo que decía Michelet sobre las brujas [...]. En la Alta Edad Media estaban solas en sus granjas o en el bosque porque el señor se había ido a la guerra. Estaban profundamente aburridas en sus granjas, solas, hambrientas, mientras él participaba en las cruzadas o en la guerra del Señor. Fue así como ellas empezaron a hablar con el zorro,

las ardillas, los pájaros, los árboles. Al regreso del marido, seguían haciéndolo y, añado yo, los hombres las veían hablando solas en el bosque [...]. Las quemaron para refrenar la locura, para refrenar la palabra femenina»<sup>1</sup>.

Antonio Álvarez de la Rosa

1. Cf. Duras, M. y Gauthier, X., *Les Parleuses*, Les Éditions de Minuit, París, 1974, pp. 163-164.

La bruja



## Aviso al lector

De los libros que he publicado, este me parece el más inatacable. Nada le debe a la crónica liviana o apasionada. En general, emana de los *autos judiciales*.

Lo digo no solo en cuanto a nuestros grandes procesos (Gaufridi, Cadière, etc.), sino a una multitud de hechos que nuestros sabios predecesores encontraron en los archivos alemanes, ingleses, etc., y que hemos reproducido.

También han contribuido los *manuales de inquisidores*. Sin duda, hay que creerlos respecto de tantas y tantas cosas de las que ellos mismos se acusan.

En relación con el comienzo, a los tiempos que podemos llamar la «edad legendaria de la brujería», los innumerables textos recopilados por Grimm, Soldan, Wright, Maury, etc., me han proporcionado una excelente base.

En cuanto a lo ulterior, de 1400 a 1600 y aún más, los cimientos de mi libro son todavía más sólidos, pues se apoyan en los numerosos procesos juzgados y publicados.

J. Michelet, 1 de diciembre de 1862



# Introducción

Sprenger dijo (antes de 1500): «Hay que decir *la herejía de las brujas* y no de los brujos, porque estos son poca cosa». Durante el reinado de Luis XIII, dice otro: «Por un brujo, diez mil brujas».

«La naturaleza las vuelve brujas». Es el genio propio de la mujer y de su temperamento. Nace hada, es sibila con el retorno regular de la exaltación y maga a través del amor. Mediante su finura y malicia (con frecuencia, imprevisible y benefactora) es bruja y lee la suerte; al menos tranquiliza y engaña los males.

Todo pueblo primitivo empieza igual: lo vemos si viajamos. El hombre caza y combate. La mujer se las ingenia, imagina, alumbrando sueños y dioses. En ciertos días es *vidente*; posee el ala infinita del deseo y del sueño. Como mejor mide los tiempos es observando el cielo, pero su corazón no olvida la tierra. Como joven y flor que es, cuando baja los ojos hacia las amorosas flores mantiene con ellas

relaciones personales. Como mujer, les pide curar a los que ama.

¡Sencillo y conmovedor comienzo de las religiones y las ciencias! Todo se dividirá más adelante; veremos el inicio del especialista, juglar, astrólogo o profeta, nigromántico, sacerdote, médico. Sin embargo, al principio, la mujer lo es todo.

Una religión fuerte y vivaz, como fue el paganismo griego, comienza con la sibila y concluye con la bruja. La primera, bella virgen llena de luz, lo acunó, le proporcionó encanto y aureola. Más adelante, en las tinieblas de la Edad Media, venido a menos y enfermo, fue ocultado por la bruja en las lundas y en los bosques. Su piedad intrépida lo nutrió, le permitió seguir viviendo. Para las religiones, por ello, la mujer es madre, tierna guardiana y fiel nodriza. Los dioses son como los hombres: nacen y mueren en su seno.

¡Gravosa fidelidad!... ¡Reinas magas de Persia, encantadora Circe! ¡Sublime Sibila, ay! ¿En qué os habéis convertido? ¡Y qué bárbara transformación! A aquella que, desde el trono de Oriente, enseñó las virtudes de las plantas y el viaje de las estrellas, a la que, desde el trípode de Delfos, iluminada por el dios de la luz, ofrecía sus oráculos a la gente arrodillada, a ella, mil años después, la expulsan como a un animal salvaje, la persiguen en las encrucijadas, la deshonoran, la zarandean, la lapidan, ¡sentada sobre ardientes carbones!

El clero no tiene bastantes hogueras, el pueblo bastantes injurias ni el niño bastantes piedras contra la malaventurada. El poeta (niño también) le tira otra piedra, más cruel para una mujer. Supone, gratuitamente, que siempre fue fea y vieja. La palabra «bruja» les evoca a las espantosas vie-

jas de Macbeth<sup>1</sup>. Sus crueles procesos, sin embargo, nos enseñan lo contrario. Muchas perecieron precisamente porque eran jóvenes y bellas.

La sibila predice la suerte y la bruja la ejecuta. Esa es la gran, la verdadera diferencia. Concibe, conjura, realiza el destino. No es la antigua Casandra, que con tanta claridad veía el porvenir, lo deploraba, lo aguardaba. Esta crea ese porvenir. Más que Circe, más que Medea, porta en su mano la varita del milagro natural y tiene a la natura como ayuda y hermana. Posee ya los rasgos del Prometeo moderno. Con ella empieza el conocimiento, sobre todo el conocimiento soberano que cura y rehace al hombre. Al contrario de la sibila, que parecía mirar la aurora, ella mira el ocaso, pero ese sombrío crepúsculo ofrece, mucho antes que la aurora (tal y como ocurre en los picos de los Alpes), el alba anticipada del día.

El sacerdote tiene claro que el peligro, la enemiga, la terrible rivalidad reside en aquella que él finge despreciar, la sacerdotisa de la naturaleza. De los antiguos dioses ha creado deidades. Junto al satán del pasado vemos despuntar en ella un satán del futuro.

Durante mil años, la bruja fue el único médico del pueblo. Los emperadores, reyes, papas y los más ricos barones tenían a los doctores de Salerno<sup>2</sup>, a moros y judíos, pero la masa, por no decir el mundo, solo consultaba a la saga o

1. Alusión a las tres brujas que vaticinan el destino a Macbeth en el primer acto de la obra de Shakespeare (*N. del T.*).

2. Situada en Salerno, la *Scuola Medica Salernitana* fue la primera escuela médica medieval y la mayor fuente de conocimiento médico de la Europa de esa época (*N. del T.*).

sabia-mujer<sup>3</sup>. Si no curaba, la insultaban, la llamaban bruja. En general, y por una mezcla de respeto y temor, la llamaban *bueno dama* o *bella dama* (*bella donna*), el mismo nombre que le daban a las hadas.

Le pasó lo que le sigue pasando a su planta favorita, la belladona, y a otros venenos salutíferos que empleaba y que fueron el antídoto de las grandes plagas de la Edad Media. Antes de conocerlas, el niño y el paseante inexperto maldicen esas flores sombrías. Les asustan sus sospechosos colores. Retroceden, se alejan. Sin embargo, son las *consoladoras* (solanáceas) las que, administradas con precaución, han curado y adormecido tanto padecer.

Las podemos encontrar en los lugares más siniestros, aislados, de mala reputación, en las chabolas, entre las ruinas. Es otro de los parecidos que tienen con quienes las empleaban. ¿Dónde, de no ser en las landas salvajes, hubiese vivido la desgraciada, tan perseguida, la maldita, la proscrita, la envenenadora que curaba y salvaba, la novia del diablo y del mal encarnado que tanto bien hizo, al decir del gran médico del Renacimiento? En 1527, Paracelso quemó en Basilea todos los tratados médicos y declaró que solo sabía lo que había aprendido de las brujas.

Y eso merecía una recompensa. La obtuvieron en forma de torturas y de hogueras. Idearon suplicios rápidos e inventaron dolores específicos. Las juzgaban en masa y las condenaban por una palabra. Jamás hubo tal prodigalidad de vidas humanas. Dejando aparte España, tierra clásica de hogueras, en la que el moro y el judío acompañan siempre a la bruja, quemaron a siete mil en Tréveris y a no sé cuántas

3. En francés, *sage-femme*, o sea, «matrona» (N. del T.).

en Toulouse, quinientas en Ginebra en tres meses (1513), ochocientas en Wurzburg, casi en una sola hornada, mil quinientas en Bamberg (¡dos minúsculos obispados!). El mismo Fernando II, el santurrón, el cruel emperador de la guerra de los Treinta Años, se vio obligado a vigilar a estos buenos obispos que habrían quemado a todos sus súbditos. En la lista de Wurzburg encuentro a un brujo de once años, aún en la escuela, una bruja de quince, dos de diecisiete en Bayona, condenablemente guapas.

Conviene saber que, en ciertas épocas, solo con la palabra *bruja* el odio mataba a quien quería. Los celos de las mujeres y la codicia de los hombres se adueñan de un arma tan cómoda. ¿Que es afortunada?... , *bruja*. ¿Que es bonita?... , *bruja*. Ahí tenemos el caso de Murgui, una pequeña mendiga que, armada con una terrible piedra, sella en su frente la muerte de la demasiado hermosa y gran dama, la castellana de Lancinena<sup>4</sup>.

Si pueden, las acusadas se matan para evitarse las torturas. Remy, el excelente juez de Lorena que quemó a unas ochocientas, se vanagloria de ese terror: «Mi justicia es tan buena que, hace poco, unas dieciséis detenidas no pudieron esperar y se estrangularon de inmediato».

En el largo camino de mi historia<sup>5</sup>, durante los treinta años que le he consagrado, esta horrible literatura de brujería pasó y volvió a pasar con frecuencia por mis manos. Me tragué, primero, los manuales de la Inquisición, las burradas de los dominicos (*Látigos, Martillos, Hormigueras, Fusti-*

4. Cf. cap. IV de la II parte, «Las brujas vascas» (N. del A.).

5. Michelet se refiere a su *Historia de Francia*, publicada entre 1833 y 1867 (N. del T.).